



Antonio Pereira, que nació en Villafranca del Bierzo hace ya un montón de años –algo así como 72-, apenas si tiene literatura en el sentido lamentable que hoy entendemos como tal. Es decir, un escibidor que aparece en todos los manuales didácticos, que tiene todos los premios o aspira a ellos, y que cuenta, además, con un grupo de incondicionales, amigos o editores -da lo mismo-, que hacen de su figura la apoteosis del Parnaso. Ajeno a todas estas referencias, que Válerly definía irónicamente como «las priopiedades de la marcha», Antonio Pereira es por ello un escritor fiable.

ANTONIO PEREIRA, UNA SEÑAL PERDI DA

Su poesía y sus cuentos recogidos en una larga docena de libros, son tan personales que resulta imposible desligarlos de su figura abstraída y sin embargo tan uncida a materia concreta: a su tierra berciano-leonesa, a su poética asimilada, a una ternura que rezuma ética por los cuatro costados, a unos personajes en cuyo naufragio el dedo del hombre hurga como en su propia ontología. La figura y la obra de Antonio Pereira, puede que aparezcan -él mismo lo dice-, como «una señal perdida». Bien poco importa porque la suya es una señal que apunta siempre «hacia un azul más alto».

Nada sediciosas

-La última vez que se le vio a Vd. por Valladolid fue en el V Congreso de Escritores, ¿qué le pareció aquella reunión?

-Déjeme que le diga algo sobre Valladolid. Es una gran ciudad en que he dicho versos y prosas y donde tengo buenos amigos escritores. Con retraso, pero más vale tarde que nunca, acabo de conocer personalmente a Francisco Pino y fue una fiesta. Juntos hemos recordado al también vallisoletano José María Luelmo, de raíces bercianas como las mías. Pero vamos a lo del Congreso. Se debatieron asuntos interesantes como el tema de los derechos de autor, la seguridad social y el problema de las fotocopias...

-Pero a efectos exteriores esto ni trascendió.

-Así fue porque los medios de comunicación se alertaron cuando saltó el tema del bilingüismo, como según me cuentan había ocurrido, aunque por otros derroteros, en la misma Valladolid días antes con el Congreso de los Cervantes. La carta de Lázaro Carreter al presidente del Gobierno determinó el debate. Yo creo que casi todos, en el Congreso estábamos de acuerdo con el espíritu de la carta académica, pero el manejo político de la misma dividió las actitudes, y ante la falta de unanimidad el presidente del Congreso, que lo era también de la Asociación, inesperadamente, dimitió. No ocurrió nada sedicioso, no hicimos otra cosa que elaborar un breve texto propio; que corrobora la norma constitucional, con lo que nos hubiéramos podido ahorrar esos malos tragos.

Poesía y cuentos

-Un trago más agradable ha sido el que ha tenido Vd. con su último libro *Las ciudades de Poniente*. ¿Podría decirnos de cuándo son los cuentos y qué piensa de la acogida de la crítica?

*-Son cuentos recientes, posteriores todos a mi último libro *Picassos en el desván*. Por lo tanto, estamos hablando de los dos años últimos. Estoy leyendo críticas generosas sobre este libro de relatos. A mí no me parecían relatos superiores a los precedentes de *Picassos en el desván* o *El síndrome de Estocolmo*. Pero puedo aceptar la idea que remachan esas críticas: que «*Las ciudades de Poniente*» es un conjunto muy caracterizado por el tono del narrador. Creo que las unidades autónomas que forman el libro pueden potenciarse cuando se le considera en su hilo conductor resultado de tener una es esa voz que quiere sonar próxima, confidente y amiga. «El cuento es una*

ficción de la voz» dice un especialista, Raúl H. Castagnino, y dice que «el emisor aparece como elemento primordial en la estructura cuentística».

-¿Y de dónde le vendría esa particular caracterización?

-Puede que venga de la madurez. No sólo la madurez literaria, sino también el paso de los años, la edad produce serenidad y también estimación de la sencillez, de la desnudez y de un estilo directo. Esto, y la influencia de la tradición narrativa oral tan propia de mi tierra del Bierzo.

-¿Qué sería el cuento para Vd.?

-Se ha dicho que el cuento es un género de difícil definición, que cada vez que se escribe un buen cuento se redefine el género. Para mí el cuento es el resultado de tener

una buena historia y saber contarla con brevedad e intensidad, buscando un efecto único. O si se quiere, una salida narrativa para dar un golpe de mano, que fracasa si se lleva exceso de munición.



-Se dice que el final es decisivo en un cuento.

-Lo es, esto se ha dicho mucho y lo suscribo. Pero últimamente considero que un cuento debe tener también un buen comienzo, de tal manera que en las primeras

frases -mejor si es en la primera- el lector quede enganchado. Y que al terminar el cuento pueda decirse que era un comienzo absolutamente necesario, el único comienzo que hubiera podido tener ese cuento.

Cuentistas genuinos

-¿Y quiénes, según Vd., redefinen en la actualidad este género tan difícil que es el cuento?

-El cuento hoyes cultivado por escritores que escriben sólo -o principalmente- cuentos o por quienes escriben cuentos de vez en cuando, al socaire de su «marca de

fábrica» como novelistas. Estos últimos suelen declarar que se trata de hacer ejercicio de manos entre novela y novela. Entre aquellos otros, los cuentistas más genuinos, resaltaría algunos nombres de la generación del 50, aunque sé que después me dolerán las omisiones (involuntarias). Hablo de Medardo Fraile, Meliano Peraile, Martínez Mena, a Jorge Ferrer Vidal...

-Pero a estas alturas de la película, ¿no cree Vd. que todos éstos viven ya de sus rentas literarias?

-No, no creo eso. Por ejemplo, estoy leyendo el último libro de Ferrer Vidal y hay ahí una serie de cuentos que funcionan en dos planos, cuya duplicidad -y no digo que no se haya hecho antes- resulta fresca y rompedora. Por supuesto, están saliendo excelentes cuentistas jóvenes, como el catalán Kim Monzó, o el madrileño Agustín Cerezales. Tienen cuentos que me han entusiasmado. Y el Martín Garzo de «El amigo de las mujeres», anterior a sus triunfadoras novelas últimas.

- ¿Y José Jiménez Lozano?

-Lo de Jiménez Lozano es muy interesante. Le agradezco la pregunta porque he pensado mucho en este caso. Su condición de escritor que vive y escribe en la provincia y su indiferencia ante los círculos literarios ruidosos no lo hacen un caso único, pero sí infrecuente. Algo así como un Miguel Torga en Coimbra. Y además de autor de hondas profundidades, padre de «mudejarillos» y otros primores de la brevedad narrativa.

Algo más que cuentos

-Volviendo a eso que Vd. llamaba la madurez del escritor. Yo creo que en su libro hay algo más: que el acercamiento a los personajes tiene un componente poético que les da una profundidad y otra dimensión. ¿No cree que pueden ir por ahí los tiros?

-No sé, no sé. Me parece que los últimos años me han conducido a una zona de serenidad, de aceptación del porvenir, de asunción de las limitaciones. Es el redescubrimiento de unos valores en que uno tiende, así de claro, a la bondad. He escrito este libro con cariño hacia mis personajes, que no excluye humor e incluso ironía, pero sin llegar al sarcasmo. Será una consecuencia de la edad, una consecuencia feliz porque me parece que quiero más a mi mujer, más a mis amigos, al mundo entero.

A lo mejor, sin yo proponérmelo, eso termina pasando del corazón a la pluma.

-Serenidad manriqueña que enlaza con el equilibrio poético con el que Vd. inicia su carrera de escritor, ¿no?

-Puede ser. Comencé escribiendo versos y a estas alturas de mi vida pienso que no he escrito una sola cuartilla sin voluntad de poesía, sea en verso o en prosa.

Valoración

-La valoración de su obra poética ha sido escasa, y por ello injustamente considerada, ¿qué razones han influido?

-Cuando la reviso pienso, efectivamente, que no ha sido bien tratada. Se me ocurren dos causas. Mi poesía fue y sigue siendo una poesía sencilla, próxima a lo machadiano cuando otros hacían una poesía, o rica y caudalosa y casi tropicalista a lo Neruda, o de amplia andadura versicular por los caminos de Perse. Yo digo: «Soy de una tierra fría, pero hermosa», y eso funciona con todas las distancias jerárquicas que Vd. quiera como «Yo voy soñando caminos de la tarde». Segunda razón, yo he sido un escritor, por causas biográficas, un poco desajustado a las clasificaciones generacionales.



Empecé muy pronto publicando cosas, pero sobrevinieron lagunas importantes. Cuando se editó mi primer libro de versos, a los 39 años, las clasificaciones y el escalafón estaban ya trazados. Y aún se me ocurre esta tercera razón: que empecé a escribir cuentos que tuvieron buena acogida y, como dice Cela, es España somos tan pobres que no podemos tener dos ideas de una misma persona. Me colocaron la etiqueta de escritor de cuentos y de algunas novelas, y en esas estamos. Si publicara un libro de poemas, lo que no excluyo, no faltaría algún crítico perezoso que dijera: «Vamos a ver los poemas de este cuentista».

-Su alejamiento del sistema generacional, que también ha funcionado en la literatura, no ha impedido que se le encuadre a Vd. en la llamada escuela leonesa, ¿lo

creo Vd. también así?

-El auge de un grupo de narradores leoneses, que se produjo hace años, y se mantiene, tiene poco que ver conmigo. Cuando procedente de Villafranca del Bierzo llegué a León hice amistad con el grupo de Espadaña sobre todo con don Antonio González de Lama. Fui un colaborador tardío de la revista. Los que luego iban a ser narradores importantes andaban de pantalón corto en el colegio o eran párvulos, pero es posible que la cantera leonesa se haya nutrido más o menos directamente de aquel ambiente. Ya de jóvenes, ellos eran iconoclastas, como debe ser. A los que estábamos instalados en el poder literario leonés -poder entre comillas- nos miraban con recelo, cosa que, naturalmente, a estas alturas no ocurre. Mi camino fue independiente, y lo sigue siendo sin perjuicio de la amistad y fraternidad que me une, ahora, a esos paisanos míos.

-Y en torno al problema de la crítica, ¿cree Vd. que está se ejerce hoy día con independencia y teniendo en cuenta los intereses estrictamente literarios?

-Distingamos dos clases de crítica: la próxima a la salida de los libros ejercida por periódicos y revistas y otra posterior, que es la profesional. Respecto a la segunda, se advierte una crecida atención en las universidades e institutos hacia la creación literaria. En cuanto a la periodística, hay de todo. De ella no importan tanto los aciertos o los fallos como las graves omisiones que se producen. Un lector, al seguir determinadas publicaciones, podría contratar cómo en los últimos años se han silenciado obras y autores de una maneja ominosa. Y en esto sí cabe una petición de responsabilidad porque distorsiona la clasificación de los valores.

-¿Se siente Vd. literariamente autónómico?



-Literariamente, y en todo, me siento ciudadano del mundo, lo que no excluye mi ideal de España como nación pluricultural, razonablemente descentralizada, pero no troceada. En el actual Estado de las autonomías, que todavía tiene interrogantes, como individuo y como escritor soy un leonés incardinado en la Comunidad de Castilla y León, inclinado a que los leoneses estemos dentro de ella, mientras podamos defender desde dentro nuestra identidad y nuestros intereses.

-¿Sigue escribiendo poesía Antonio Pereira?

-Escribo poesía siempre que siento verdadera necesidad. Eso es, necesidad, que no es exactamente inspiración... Pueden ser poemas breves, casi fragmentos de un diario íntimo, a veces desmitificadores de la función del poeta: «La de veces que te habrás revestido / de medio pontifical / y a esperar / como si el lugar natural / del poema no fuese / el billete del autobús / o mejor / la servilleta del bar».

-Lógicamente, seguirá también escribiendo cuentos.

-Sí, pero en estos momentos apenas sí tengo inéditos un par de ellos. Ando mal de tiempo. Lo mío no es el best-seller ni las «grandes superficies» de venta, pero lo cierto es que «Las ciudades de Poniente» va bien en el mercado -qué horror- y hay que ocuparse de presentaciones y otros apoyos logísticos a la nueva criatura. Ahora debo pensar en alguna edición de cuentos completos o de cuentos escogidos, porque hay libros míos de relatos que están agotados o no se encuentran fácilmente. Y en esas estamos.

ANTONIO PIEDRA

Fotografía Foto el Norte